

SOCIALISMO: MITO INMORTAL

Aníbal Romero

www.anibalromero.net

El pasado día 20 de mayo leí unas curiosas declaraciones en la prensa venezolana, formuladas por el gobernador del estado Miranda, Henrique Capriles. El funcionario y político de la “oposición” no sólo aseveró que, en realidad, él “no es opositor de nada, sino gobierno”, sino que afirmó igualmente que “Si el gobierno quiere ser socialista, aquí (es decir, en su estado Miranda) somos más socialistas que el gobierno, porque creemos en la justicia social”.

En cuanto a la primera parte de sus declaraciones, no le falta cierta razón al Gobernador, pues ciertamente él ocupa un cargo y lo hace como resultado de una elección popular, por lo tanto es “gobierno”. Por otro lado, sin embargo, uno podría presumir que, tratándose de un político de “oposición”, *sí* se opone de hecho a algo, en este caso al régimen de Hugo Chávez. Pero resulta que tal presunción no es correcta, pues de inmediato Capriles sostuvo que él es más socialista que Chávez, por lo tanto, su línea de “oposición” resulta como mínimo atenuada.

En lo particular, debo decir que las consideraciones del Gobernador mirandino no me sorprendieron, pues no es la primera vez que algún político de “oposición” se declara de izquierda, socialista, y “todavía más socialista” que el propio Chávez. Traigo no obstante a colación las palabras de Capriles para referirme a un punto más general, que tiene que ver con la persistencia del mito socialista a pesar de las ya casi incontables manifestaciones históricas concretas, grandes y pequeñas, trascendentes o poco relevantes, patentes o sutiles, del inequívoco y reiterado fracaso del socialismo como sistema social, proceso económico, y orden político.

Pero antes de abordar ese asunto teórico, no quiero dejar que Capriles escape sin el menos una leve reprimenda. ¿Cómo se le ocurre a este joven pretender que va a hacer “oposición” asumiendo las banderas socialistas que con tanto

empeño, elocuencia, impacto y eficacia enarbola Hugo Chávez? ¿Qué sentido tiene proclamarse de izquierda desde la oposición, si ese espacio lo ocupa a plenitud Chávez y nunca lo cederá? ¿No es acaso una tontería tomar ese camino, es decir, el de un mal remedo de Chávez, en un país donde, según los estudios de opinión, existe amplio espacio para un mensaje favorable al capitalismo con sentido social, la libertad del individuo, la propiedad privada y la democracia?

Definitivamente, buen número de políticos de “oposición” en Venezuela se sienten acomplejados por el mensaje de Chávez, y en su extensa ignorancia y falta de coraje intelectual piensan que para “estar con los pobres” hay que proclamarse socialista, y ello, insisto, a pesar de que el socialismo, en todas partes y épocas, lo que ha hecho, hace y seguirá logrando es empobrecer a la gente, oprimirla y extraer la última gota de esperanza de sus corazones y de libertad a sus almas.

En Venezuela, como en muchas otras partes, ser de izquierda equivale a ser “bueno”, a incorporarse al batallón de los bien intencionados, a sumarse a la peregrinación de la utopía, y de paso recibir el beneplácito de un clima cultural en el que ser “de derecha” ya forma parte de los estigmas imborrables que aquejan tan sólo a los espíritus más oscuros y egoístas.

De modo que Capriles no está sólo, de ninguna manera, y el mayor triunfo de Chávez ha sido precisamente colocar a la “oposición” contra la pared en el plano ideológico, someterla al chantaje del izquierdismo latinoamericano, ponerla a hablar en su propio lenguaje y llevarla nada menos que a competir en su terreno, haciendo que una figura de (al menos en teoría) relevancia, como lo es el Gobernador de uno de los principales estados del país, supuesto político “opositor”, asevere sin pizca de vergüenza y posiblemente sin caer en cuenta del significado de semejante bobería, que él es más socialista que Chávez, pues él si cree en la “justicia social” (en otras palabras, él también es “bueno”).

Sería inútil preguntarle a Capriles cómo define la “justicia social”, pues ni él ni nadie es capaz de formular un concepto claro y preciso de algo que no pasa de

ser una consigna, que todos utilizan para sentirse bien, pero que no designa algo específico en el mundo. Con ello no deseo argumentar que la frase “justicia social” carezca por completo de sentido, pues de hecho apunta hacia una aspiración, pero que no pasa de ser eso. No es un concepto, nadie puede definirla o explicar en concreto cómo opera en la realidad, y en qué sistema político y orden socioeconómico se patentiza.

En fin, lo que ahora me interesa destacar es que el socialismo, visto acá a la manera del gobernador Capriles, es decir, como un mito, como una entelequia, como un *slogan* o consigna, como una bandera justiciera, es inmortal, pues nada de lo que ocurra en la realidad, ningún fracaso tangible, es capaz de convencer a los seguidores de tal aspiración que procurarla no sólo no conduce a las exaltadas cumbres de dicha y abundancia que pregonan, sino que por el contrario, el socialismo, en la práctica, genera todo lo opuesto de semejante visión idealizada, y se traduce en opresión, miseria, desencanto y dolor.

El mito socialista es inmortal porque los seres humanos, en general, no somos sino muy parcialmente y por momentos seres racionales, sino básicamente seres motivados por la emoción, inquietos, desazonados, no pocas veces resentidos por lo que nos ha tocado en suerte, volubles y atarantados, siempre en busca de lo que no se nos ha perdido, y dispuestos a cerrar los ojos ante toda evidencia si la misma no se ajusta a nuestros deseos y ambiciones.

Chávez *crea* que su socialismo producirá un “hombre nuevo”, pero por los momentos se ocupa de destruir los pocos elementos de libertad y prosperidad del “hombre viejo” en Venezuela, y de hacer de las masas empobrecidas del país un rebaño informe y más que nunca dependiente de un Estado depredador y de la arbitraria voluntad de un caudillo. Y nada ni nadie logrará convencer jamás a Chávez de que su socialismo del siglo XXI en nada se diferencia de las incontables tragedias anteriores del socialismo en todas partes donde ha existido, porque el socialismo es un mito y para combatirlo no basta con la razón. Desgraciadamente.